

John R. SEARLE, *Ver las cosas tal como son. Una teoría de la percepción*, Madrid: Cátedra, 2018, 244 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-376-3802-7.

El autor desarrolla en estas páginas una doble tarea: proporcionar una adecuada comprensión del conocimiento sensible y ofrecer una crítica de los últimos siglos de la filosofía del conocimiento. No se trata de un asunto fácil ni de un tema sencillo. Se trata de mostrar cómo es posible ver literalmente las cosas como son y, de ese modo, defender el realismo del conocimiento sensible puesto entre paréntesis desde la duda cartesiana. Y, a la vez y sin solución de continuidad, desvelar un error lógico y argumentativo que recorre la filosofía moderna y contemporánea, incluida la filosofía analítica y la neurociencia. Sin duda, se trata de grandes objetivos, pero nuestro autor es ya un filósofo consagrado y cabe esperar lo mejor de él.

El capítulo 1 se titula «El Mal Argumento» (supongo que las mayúsculas obedecen a un calco de los usos del inglés), al que acompaña una frase que destaca el valor de la tarea emprendida: «Uno de los mayores errores de la filosofía de los últimos siglos». Searle se propone explicar mediante la intencionalidad del conocimiento el realismo directo, que significa que vemos sencillamente lo que vemos. Podríamos decirlo de otro modo: siempre que vemos realmente vemos las cosas que vemos, porque sobre ellas versa la percepción visual. La pequeña falacia de pensar

que cuando no vemos realmente, porque tenemos alucinaciones o algo semejante, también vemos cosas, se desvela como un gran error. Una buena parte del esfuerzo de Searle es identificar lógicamente dónde se encuentra el error y explicar por qué es un error. Según Searle, pensar que lo que vemos cuando realmente vemos son las cosas, pero lo que vemos cuando sufrimos, por ejemplo, una alucinación, es también un ver que posee un objeto es algo semejante a confundir un acto vital con una enfermedad. Es lo que se puede denominar una «falacia de ambigüedad» (p. 37) en que incurre el «argumento de la ilusión». «La tentación consiste en tratar la experiencia visual como el objeto de la experiencia visual en el caso de la alucinación, pero en realidad no existe tal objeto» (p. 37). Y esa tentación surge porque, en inglés, siempre podemos inventar un acusativo interno para el sintagma verbal. Y ciertamente no es lo mismo ver una mesa que ser consciente de que veo una mesa. «Este paso de describir el estado de cosas ontológicamente objetivo del mundo a describir el estado intencional consciente ontológicamente subjetivo subyace a toda la tradición epistemológica» (p. 38). «Toda la tradición epistemológica se basó en la falsa premisa de que nunca percibimos directamente el mundo real» (p. 40). Como se puede ad-

vertir, la rectificación es profunda y extensa. Así, por ejemplo, el último apartado del último capítulo se dedica a discutir la distinción que se tiene como fundacional de la física moderna entre las cualidades primarias y secundarias (pp. 236ss.).

El capítulo 1 no termina cuando termina la argumentación, sino que se prolonga en dos apéndices con los que el autor espera lograr una visión comprehensiva de la visión epistemológica que propone. El primero de ellos se dedica a la aclaración del significado de la intencionalidad y el segundo a la consciencia. Y se toman de materiales ya presentados anteriormente por el autor.

El capítulo 2 se titula: «La intencionalidad de las experiencias perceptuales». Y en esas páginas se critica el escepticismo acerca de la intencionalidad perceptiva, las propiedades especiales de dicha intencionalidad y la necesidad de aprender a ver, porque no todo en la percepción consiste en ser afectado. La conclusión es la desaparición teórica de lo que se ha venido llamando «datos sensoriales»: sencillamente no existe tal cosa. Y ese es el contexto en el que se critica el experimento mental del cerebro en una cubeta.

El capítulo 3 presenta nuevos desarrollos de su argumentación contra el Mal Argumento. Primero ofrece los ejemplos clásicos del Mal Argumento y, a continuación, sus posibles desarrollos y otras versiones que la literatura filosófica ofrece. Finalmente, examina las consecuencias que ha tenido ese Mal Argumento para la historia de la filosofía, que por supuesto no es ningún cuento de hadas.

Los capítulos 4 y 5 constituyen el corazón y la justificación de este libro. Los dos comparten título: «Cómo funciona la intencionalidad perceptual». En ellos el autor va detallando las propiedades básicas de la percepción visual, sus límites, la distinción entre los campos visuales objetivos y subjetivos, su estructura jerárquica y

cómo determinan las propiedades del campo visual subjetivo las condiciones de satisfacción de la experiencia visual, es decir, cuándo podemos considerarla como una auténtica experiencia visual, y el papel que ejerce la causación intencional presentacional. El capítulo 5 extiende estos análisis hasta las propiedades de la misma que no son básicas, como su carácter tridimensional, la percepción de las relaciones temporales, e intenta solucionar el problema de la particularidad del conocimiento sensible.

El capítulo 6 se dedica a la crítica a la posición disyuntivista. El autor recorre los seis principales argumentos que el disyuntivismo ha desarrollado contra el realismo directo. En este punto, el autor ofrece un principio general de crítica filosófica bastante sólido: «Por lo general, los desacuerdos superficiales en filosofía son manifestaciones de diferencias mucho mayores que no siempre salen a la superficie» (p. 194). El capítulo termina con el esfuerzo por mostrar las diferencias entre la visión y la imaginación visual.

El capítulo 7 se titula: «Percepción inconsciente». El problema parte de la importancia de la conciencia respecto del conocimiento. «Descartes y otros mostraron que los estados mentales son esencialmente conscientes» (p. 200). A partir de finales del s. XIX se empezó a pensar que había fenómenos mentales inconscientes, o que entre el puro operar neurológico y la percepción plena había un nivel intermedio psicológicamente real aunque totalmente inconsciente. Searle ofrece un interesante argumento contra la existencia de percepción inconsciente: «toda percepción real e intencional requiere una forma aspectual, la cual no se presenta de ningún modo cuando se trata de algo inconsciente. Así se tratan diversos fenómenos como la visión ciega, el potencial de preparación o los reflejos. Esto tiene mucha importancia a la hora de la interpretación de la neurociencia. El punto de partida es que se supone

que la conciencia no tiene demasiada importancia en el conocimiento: la mayoría de los procesos por los que llegamos a ver algo son procesos neurobiológicos no conscientes, se producen, por tanto, en el cerebro procesos mentales inconscientes que dan lugar a la visión... aunque estos procesos son esenciales para la producción de la experiencia visual, en este nivel no hay ninguna realidad psicológica. Solo hay una secuencia de disparos neuronales sin ninguna realidad mental en absoluto... Pero es un tremendo error verlos como, por así decirlo, la punta del iceberg de una realidad mental inconsciente que da lugar a la conciencia como una especie de glaseado en un pastel... para que algo sea un fenómeno mental inconsciente, ha de ser algo que pueda ser consciente, pues de lo contrario no hay realidad psicológica, ni forma aspectual, ni contenido intencional» (pp. 211-212). Esta discusión, aunque parezca de algún modo colateral, ofrece una importancia filosófica enorme porque sitúa a la filosofía en la misma continuidad con el

saber común, es decir, con criterios de verdad y experiencias vitales que no pueden ni fingirse ni ignorarse. «La conclusión... es... [que] la conciencia mantiene una importancia absolutamente central en cualquier discusión acerca de la cognición en general y de la percepción en particular» (p. 212).

El último capítulo se dedica a las teorías clásicas de la percepción. Como Searle solo considera la filosofía moderna y contemporánea, todas las teorías son criticadas debidamente: el escepticismo, el representacionismo, el fenomenalismo y el idealismo. De esta manera, al parecer Searle se sitúa a sí mismo en la estela de los mejores desarrollos del pensamiento clásico que él ignora supinamente, desde Aristóteles hasta San Buenaventura y Santo Tomás, desde Scoto y Ockam hasta Francisco Suárez y Juan de Santo Tomás. Solo queda lamentarnos del tiempo perdido y darle la bienvenida a la epistemología desarrollada por la filosofía perenne.

Enrique MOROS

José Manuel GIMÉNEZ AMAYA, *Reflexiones de un neurocientífico*, Amazon KDP, 2019, 125 pp., 12,7 x 20,5, ISBN 978-1091759916.

No es frecuente ver un libro como este, tanto por el perfil de su autor como por el contenido que ofrece. El profesor Giménez Amaya ha sido catedrático de Anatomía y Embriología de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, donde dirigió un laboratorio de investigación neurobiológica durante años; y es doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra, consolidando una preocupación humanista que cultivaba desde los años de su trabajo neurocientífico. Esta simbiosis de conocimientos y de capacidad reflexiva le proporciona una privilegiada atalaya para brindar claves del complejo futuro que, en el cam-

po científico, se va haciendo realidad en relación con la persona humana.

El contenido consiste en treinta artículos divulgativos a la vez que rigurosos, breves a la vez que profundos, sencillos a la vez que penetrantes, sobre las relaciones entre neurociencia y antropología. En concreto, este pequeño libro logra un doble objetivo: plantear los problemas, cada vez más serios, simultáneamente neurobiológicos y antropológicos; y presentar una panorámica del desarrollo de la neurociencia en los últimos años, especialmente en la primera década de nuestro siglo. Por eso el libro resulta, al mismo tiempo, in-